

Hortensia camina por el pasillo, a oscuras. Lleva cuarenta años en esta casa, deslizando los pies sobre el terrazo jaspeado y granate, sus pies, cada vez más cansados. Monotonía y extenuación, tan hermanadas. Enfila el corredor como si se adentrara en un túnel de angustias y dolores, un pasadizo lóbrego y vacío que la recoge en su única suerte: la soledad.

Anochece tras la ventana, un cuadro compacto y velado, sin embargo deja que la negrura entre y caiga sobre ella. Abandona el cuerpo a la reclusión de su hogar y decide tenderse sobre la cama.

Llega al dormitorio. Sus pies lentos la llevan, obedientes, al destino. Se tumba y cierra los ojos.

Tiene que poner el móvil a cargar, eso piensa. Le queda poco batería y espera la llamada de su hija. Los jueves es día de llamada. Una conversación breve y contenida, protocolaria. A veces estas situaciones se dan. Se incorpora y enciende la luz de la lamparilla. Agarra el cargador. El móvil comienza a sonar en ese preciso instante.

- ¿Diga?
- ¿Manuela?
- Lo siento, se ha equivocado

Cuelga el teléfono y enchufa el cargador a la corriente eléctrica. Al momento vuelve a sonar el timbre y la voz del mismo hombre regresa. Hortensia no conoce a ninguna Manuela y así se lo hace saber. Debe de ser algún error, probablemente un baile de números, solo es necesaria una equivocación en uno de ellos para que la llamada modifique su destino. Cavila sobre el capricho de la vida. Ahora, por una incorrecta anotación a la hora de escribir los números, el hombre no podrá contactar con quien desea y, probablemente, se dejará de fraguar una hermosa relación; probablemente (designio de la casualidad), el azar modifica su rumbo y apunta sobre otro deseo cualquiera. Lo que no sabe Hortensia, es que ella va a ser la protagonista del quiebro misterioso.

Por la noche descansa, quizá el devaneo que le ha ocasionado la llamada la distrajo de su angustia habitual y la cabeza escapó hacia el sueño. Por la mañana decide quedarse remoloneando un rato sobre la cama. Pereza. ¡Sacrilegio!

No son las nueve todavía cuando vuelve a sonar su móvil. Una ilusión le sobreviene, como hace años, muchos años. Le surge un espasmo por dentro, eléctrico, de algún lugar de aquellos que desgraciadamente ha empujado al olvido. Agarra el teléfono y habla. Es él, el mismo de la noche anterior, dispuesto a iniciar una conversación; unas voces aplazadas, unas palabras que se habían quedado prendidas de los labios de cada uno. Deja escapar entre sus dientes el temblor de la voz, un timbre titubeante y lleno de reservas: ¡malditos temores que nos arrastran al retiro! Cuando cuelga el móvil siente que está sudando, cierra los ojos y sonríe.

Ha reído, ha abierto sus labios a la ilusión. Las llamadas se van sucediendo y poco a poco a las frases comedidas y protocolarias se liberan de las constreñidas sogas que propicia el decoro. ¡Valientes! Libre, Hortensia se siente libre y no necesita ojos para desear, no necesita cuerpo para querer. Ama con la voz, con el tono de su franqueza, con el sonido ronco que tamborilea su excitación de mujer. Así pasan meses, queriéndose con la palabra, perfilándose el uno al otro con la dispensa que ofrece la imaginación: libre pensamiento que dibuja colores al aire, trazos maestros de la alegría.

Unas ganas le surgen a los dos, al tiempo, cuando llenan todas las sacas que guardaban vacías. ¿Acaso no se pueden amar como hombre y mujer, como seres de carne y hueso? Quieren

sumar, añadir, y una tarde se citan en el centro de la ciudad. Se prepara para la ocasión. Deshollina los techos y las paredes de su agrietada fantasía. Acude en autobús. El bullicio lo cubre todo. Se apea y descubre una gran boca de luz, el sol le lame las mejillas como un perro agradecido. Camina hasta la plaza, un azafate resplandeciente. Hortensia llega y espera.

Lo busca con la mirada, lo busca con manos que reserva para él, manos que en un tiempo se doblaron bajo la acritud de los años. Certifica que la vida conserva brillo y color, una amalgama provocadora. Toma asiento y aguarda. Allí está para recibirlo.

Oye unas pisadas y contiene el aliento. Alguien se sienta a su lado, en el mismo banco, mientras la coge de sus manos generosas. Hortensia levanta la cara y mira, y sonrío mientras recuerda la paz que regalan los besos.